Maternidad y subjetivación: reflexiones sobre la maternidad en principios de siglo

por *María de los Ángeles Rodríguez Feito*

Equipo infanto-juvenil de la Fundación Argentina de Salud Mental (FASAM)

arfeito@yahoo.com.ar

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar el estatuto de mujer y maternidad en la actualidad. Con tal fin se realizará un recorrido por algunas figuras de la historia: los griegos, la modernidad y nuestros días. De este modo se intentará arribar al actual estatuto de mujer que no necesariamente implica la maternidad, pero hace de ella una decisión que inscribe subjetividad.

Palabras clave

Mujer. Maternidad. Subjetivación.

Title

Maternity and subjectivity: reflections on the maternity in the beginnings of the century

Abstract

The aim of this paper is to analyse the current status of women and maternity, by means of a thorough historical account, starting with the Greeks, continuing in Modern times and ending at the present day. Thus, we will seek to understand the current place of womanhood, asserting that the decision of maternity is one of the possible ways to create subjectivity.

Key words

Women. Maternity

Me estremecieron mujeres
que la historia anotó entre laureles
y otras desconocidas, gigantes
que no hay libro que las aguante.
(...)

Pero lo que me ha estremecido
hasta perder casi el sentido
lo que a mi más me ha estremecido
son tus ojitos, mi hija,
son tus ojitos divinos.
Mujeres. Silvio Rodríguez.

Introducción

Mujeres estremecedoras, mujeres fecundas, mujeres promesa. ¿Ser mujer ha significado lo mismo a lo largo de la historia? ¿Ser mujer y ser madre es una ecuación insoluble o una relación cultural? ¿La expectativa por excelencia

de toda mujer es la maternidad? ¿Los hijos son el único medio para ser fecundo? ¿Han tenido las mujeres otros sueños alternativos a la maternidad o esto es fruto de nuestros tiempos? ¿Ser madre es lo que conocemos hoy o la actualidad es el producto de numerosas mutaciones?

Tal vez parezcan preguntas insensatas, pero una mirada ingenua puede inferir que el estatuto de mujer, madre e hijo son invariantes. Tengamos en cuenta que en una perspectiva histórica no hay definiciones universales de mujer y maternidad. Pensar históricamente tales estatus requiere indagar situación por situación.

Vayamos pues de la mano de algunas figuras de la historia para desentrañar nuestros interrogantes. ¿Por qué no interpelar a los griegos, a la modernidad y a nuestros días? Con seguridad encontraremos al menos algunas de las claves para ahondar en nuestra búsqueda.

Esparta: la institución materna (1)

Empecemos nuestro recorrido entre los siglos VI y IV a. C. en Esparta. Allí el legislador Licurgo había reglamentado que las mujeres debían ser fecundadas por los guerreros, elegidos para tal fin por el Consejo de ancianos, en la plenitud de su vida. Es importante tener en cuenta que para ellos un hombre estaba en tales condiciones hasta los 35 años. Esta reglamentación sólo se entiende teniendo en cuenta la teoría en que se sustenta, para ellos el varón trasmite a los hijos en la fecundación las cualidades adquiridas con las que se cuenta en el momento de la misma.

Dada de este modo la fecundación, al nacer nuevamente será el Consejo de ancianos quien decida si el niño está en condiciones de pertenecer al grupo, si no lo está directamente no ingresa en él, se lo considera no nacido.

También los criterios de crianza son distintos, se separa a la madre del niño y quien lo amamanta es la nodriza. No es que el parentesco desaparezca en Esparta, sino que hay un cambio radical en lo que estamos habituados a encontrar en una relación materno-filial, ya que la lógica política (la guerra) impera sobre la lógica del parentesco.

De todos modos, el momento crucial en la identidad espartana se da precisamente en el campo de batalla. Son las madres quienes les piden a sus hijos que *“regresen sobre su escudo antes que sin él”*. Lo cual implica que la dignidad de un hijo y por ende la de su madre, radica en que sea capaz de dar la vida por su comunidad en una batalla, sobre el escudo regresan los muertos en el combate, sin el escudo regresan los cobardes. Es casi escalofriante leer el relato de los historiadores que narran que aquellas madres cuyos hijos han sido muertos en combate reciben las mayores de las honras, y aquellas otras cuyos hijos han regresado con vida se esconden a causa del deshonor y el repudio. Es que Licurgo consideraba que la mujer sólo era capaz de integrar la comunidad en la medida en que engendrara un hijo capaz de morir por la comunidad.

De este comentario se desprende la ideología espartana en torno a la mujer. En esa sociedad las mujeres están por fuera de la comunidad, y sólo pueden acceder a ella en función de un hijo valiente, capaz de cumplir con el ideal espartano de dar su vida por la sociedad.

Un hijo que prefiere salvar su propia vida antes que donarla es una humillación y un desprestigio para su madre de costosas consecuencias; el haber engendrado a este hijo ingrato es motivo suficiente para su exclusión. Entonces podemos decir que la decisión del hijo determina el futuro de la madre.

Modernidad: Los trabajos y los días

Pasando de largo unos cuantos siglos, llegamos al siglo XVIII. En esos tiempos en occidente la mujer era simplemente un apéndice de la raza humana. Siempre se definía en función de un hombre, primero sería el padre, luego el marido; y a ellos les debía honra y sometimiento.

El acuerdo matrimonial era el negocio más crucial de una familia, del éxito de éste dependía que se viera favorecido o no el estatus de la familia de origen de la mujer. En esta línea era de vital importancia la dote de una mujer. Es importante hacer una disquisición en este punto, en las clases con menores recursos no era la familia de la mujer quien proveía de la dote, sino que las mujeres mismas debían hacerse cargo de su propia subsistencia y estas consideraciones económicas en la elección matrimonial pasaban a un segundo lugar.

De todos modos, era el matrimonio un *“agente de metamorfosis a la mujer en un ser social y económicamente diferente, en tanto parte de una nueva casa, la unidad primaria sobre la cual se basaba toda sociedad. El papel de su marido era el de proporcionar protección y sostén. Él pagaba sus impuestos y representaba a la casa ante la comunidad. El papel de la mujer era de compañera y madre”*(2). Es decir que la finalidad del mismo, era fundamentalmente la reproducción de la especie en un medio apropiado. Los hijos representaban la continuación de la propiedad y la futura seguridad de los padres en sus últimos tiempos.

El rol de la mujer era por excelencia ser madre y esto no era nada sencillo. Se sabe que en aquellos tiempos el índice

de mortalidad infantil era muy elevado, por lo cual era frecuente que se tuviera una gran cantidad de hijos, de los que con fortuna podían llegar a la edad adulta sólo la mitad. Superado este tiempo de amenazas, la madre estaba a cargo de la educación del niño, aunque muy especialmente de la niña en cuyo éxito se reflejaba el propio. La madre era quien enseñaba cómo relacionarse con el mundo y una hija debía estar en condiciones óptimas para la negociación matrimonial. Por ello debía saber desde vestirse, hablar, administrar una casa con sirvientes, bailar, bordar, tocar un instrumento musical, hablar francés y tener conocimientos de literatura nacional. No se excluían de esta educación los conocimientos culinarios ni los valores morales. *“Una hija era lo que la madre había hecho de ella. Una mujer virtuosa se definía como la que dejaba la impronta de las virtudes de castidad, limpieza y sobriedad en su hijo”*(2).

De la descripción precedente se deduce que en primer lugar el matrimonio es la institución que otorga carácter social a la mujer y que es la maternidad la que permite perpetuarse y reflejar su virtud de madre. En resumidas cuentas, dependía del matrimonio y del desempeño de la maternidad la valoración de la mujer.

Y la clave residía en sus futuras alianzas, del éxito en la educación que una madre daba a su hija dependía su futuro. De más está decir que la educación a un hijo por fuera de un matrimonio hubiese sido un escándalo inadmisiblemente abiertamente condenado.

Siglo XX. La nueva mujer: Un nuevo régimen de maternidad.

Desde fines del siglo XIX se produjeron una serie de cambios en diversos órdenes que modificaron radicalmente el lugar de la mujer en la sociedad. Descubrimientos del orden científico y tecnológico permitieron la disminución de la mortalidad y el control de la natalidad. Ambos medios subvirtieron el orden establecido, ya no era más el hombre quien comandaba el cuerpo de las mujeres sino que empezaron a ser ellas quienes decidían por sí mismas.

Estas pujantes transformaciones del siglo XX ponen en jaque la estructura patriarcal que dominaba no sólo la familia sino la política, el derecho y la cultura. Es importante que definamos que entendemos por patriarcado: *“una estructura básica de todas las sociedades contemporáneas. La cual se caracteriza por la autoridad, impuesta desde la institución, de los hombres sobre las mujeres y sus hijos en la unidad familiar”*(3). El patriarcado establece que en el interior de la casa la autoridad es el padre, es él quien produce y garantiza el orden. La relación entre los sexos está regida bajo la figura de la subordinación y los niños son dependientes de este orden. Esta noción incide profundamente en la concepción del parentesco, éste es estructural. O sea, que una alianza que da lugar a la filiación reproduce vínculos estructurales, que tienden a ser vitalicios.

Ahora bien, el agotamiento del patriarcado en el siglo XXI, es un hecho. Castells, sostiene que la combinación de cuatro elementos genera la crisis de la familia patriarcal:

1. *“la transformación de la economía y del mercado laboral, en estrecha asociación con la apertura de las oportunidades educativas para las mujeres;*
2. *la transformación tecnológica de la biología, la farmacología y la medicina ha permitido un control creciente sobre el embarazo y la reproducción de la especie humana;*
3. *en este contexto de transformación económica y tecnológica, el patriarcado ha sufrido el impacto del desarrollo del movimiento feminista, en el período subsiguiente a los movimientos sociales de la década de los sesenta;*
4. *el desafío al patriarcado es la rápida difusión de las ideas en una cultura globalizada y en un mundo interrelacionado, donde la gente y la experiencia viajan y se mezclan”*(3).

Estas cuestiones enunciadas se traducen en una profunda transformación, que entre otras cosas pone en cuestión la autoridad masculina. El orden ya no es necesariamente instaurado por el padre, en adelante la autoridad es una construcción. Pasan a predominar las relaciones horizontales por sobre las verticales, actualmente ya no se lidia con las relaciones verticales y éstas no ejercen la autoridad, motivo por el cual queda pendiente la construcción de un nuevo orden. Y en consecuencia, también pierde relevancia la generación previa, de nada sirve ya acumular experiencia porque el mundo es otro.

En tiempos de disciplinamiento, en otras palabras tiempos de patriarcado, todas las instituciones –la familia, la escuela, la fábrica, el hospital, la prisión- se sostenían en el metadiscurso del Estado-Nación, éste era quien les proveía solidez y coherencia. Estaba instituido lo que se debía y lo que no. Ahora bien, desfondado el Estado-Nación las instituciones pierden su discurso referente, es decir ya no hay un modo instituido, sino un estado de fragmentación. Caído el sostén del modelo estructural queda la contingencia. Las situaciones ya no son de un modo

determinado de una vez y para siempre, sino que pueden o no ser(4).

Y es reflejo de esta contingencia la creciente diversidad existente en torno a las organizaciones familiares. “*La aparición del concepto de «familia recompuesta», que remite a un doble movimiento de desacralización del matrimonio y humanización de los lazos de parentesco. En lugar de divinizada o naturalizada, la familia contemporánea se pretendió frágil, neurótica, conciente de su desorden. Así brotó de sí mismo desfallecimiento un vigor inesperado. Construida, reconstruida, deconstruida, recuperó el alma en la búsqueda dolorosa de una soberanía fracturada e incierta*”(5).

De ahora en adelante, los hijos son criados por la madre, el padre, dos madres, dos padres, con hermanastros o sin ellos, con medios hermanos o sin ellos. Ya no es un insólito ni repudiado el ser hijo de madre soltera, hoy incluso se puede ser hijo de probeta.

“*Las mujeres, en la aurora del siglo XXI, habían adquirido la posibilidad de quererse estériles, libertinas, enamoradas de sí misma, sin temer los furores de una condena moral o una justicia represiva*”(5). La ecuación mujer y madre se rompe como único camino a transitar, ahora más bien se formula que entre otros tantos modos de realización la mujer puede ser madre.

La decisión como estrategia de subjetivación

¿Pero entonces por qué sufrimos? Formula entre otras preguntas Z.Bauman.

En tiempos de patriarcado el sufrimiento provenía del disciplinamiento, es decir que eran las instituciones quienes reglaban e imponían los modos de pensar, sentir y actuar. Los deseos entraban en conflicto con éstas, ese era el sufrimiento, y en consecuencia las estrategias de subjetivación eran del orden de la trasgresión de lo instituido. Cuando los vínculos se vuelven contingentes, es decir, ya no están asegurados, pueden ser o no, la subjetividad está compelida a construirse y construir. Ya no hay que transgredir, ni con qué romper. Se sufre por fragmentación e incertidumbre. Agotado el patriarcado, caídas las instituciones, son otras las subjetividades.

La clave está en que todo cambio acarrea profundas consecuencias en el campo de la subjetividad. Retomemos la idea: del desfondamiento del estado se desprende el desfondamiento de los vínculos. “*Es que sin instituciones, los vínculos ya no son, por supuesto, relaciones instituidas, ni mandatos respecto de los cuales hay que emanciparse, sino ocasiones de una experiencia. (...) Sin instituciones estatales, los individuos devenimos superfluos porque no somos nadie para otro a menos que produzcamos las operaciones que nos vuelvan necesarios para otro. Esa producción se hace en vínculo con otro, y si no, no se hace ¿Cómo podría yo hacerme necesario para otro si no es con otro? núcleo decisivo en el estatuto del amor actual. Se ve otro modo de concebir el amor: bajo la figura de hacerse necesario para otro*”(6).

Sin instituciones no hay un patriarca que nos mande qué ser ni cómo hacer. Nos hacemos en relación a otros, somos en los vínculos. Pero entendamos bien que vínculo no es amontonamiento, vínculo implica decisión de estar con otro en un marco de incertidumbre constante.

Y esta idea es tanto un alivio como una responsabilidad. Alivio en la medida en que de nada nos sirve lamentarnos por lo que ya no es, ni porque en otros tiempos las cosas eran de diverso modo. Pero responsabilidad vital porque nos encontramos compelidos a decidir y nadie puede hacerlo en nuestro lugar.

Por este motivo también la maternidad pasa a ser una decisión. La maternidad entonces, se desarrolla como responsabilidad.

“*Quien espera algo ya está constituido; quien tiene que decidir, no. Notemos que la decisión es la operación que constituye la subjetividad cuando no hay instituciones. Sin instituciones, nadie puede decirte qué eres; tú decides. La decisión no es un querer ser algo sino un hacer y constituirse haciendo. O sea que lo que se decide es hacer algo, y en ese hacer se constituye esa subjetividad. No se decide ser alguien; eso sería constituirse subjetivamente según un ideal, y no según una decisión. La decisión es práctica, y una vez realizada, el sujeto se constituye comprendiendo el sentido de lo que decidió*”(6).

En esta línea de la decisión y la maternidad es que me parece apropiado tomar las palabras de Bauman, filósofo de los tiempos de la fluidez.

“*Los objetos de consumo sirven para satisfacer una necesidad, un deseo o las ganas de un consumidor. Los hijos también. Los hijos son deseados por las alegrías del placer paternal que se espera que brinden, un tipo de alegría que ningún otro objeto de consumo, por ingenioso y sofisticado que sea, puede ofrecer*”(7).

El eje de la maternidad no es el anhelo de un otro que venga a colmar los deseos, fin que cumpliría más adecuadamente un objeto de consumo. Un hijo es más bien otra cosa...

“Tener o no tener hijos es probablemente la decisión con más consecuencias y de mayor alcance que pueda existir. Tener hijos implica sopesar el bienestar de otro, más débil y dependiente, implica ir en contra de la propia comodidad. La autonomía de nuestras propias preferencias se ve comprometida una y otra vez. Implica aceptar esa dependencia de lealtades divididas por un período de tiempo indefinido, y comprometerse irrevocablemente y con un final abierto y sin cláusula hasta nuevo aviso, un tipo de obligación que va en contra del germen mismo de la moderna política de vida líquida y que la mayoría de las personas evitan celosamente en todo otro aspecto de su vida” (7).

La decisión hace a la madre y sólo ésta puede darle lugar real a un hijo. La maternidad, es un modo de constituirse subjetivamente con otro.

Conclusión

Huelga decir que las situaciones no han sido invariantes, desde Esparta donde prácticamente la mujer adquiría su dignidad por la decisión valiente de un hijo, hasta la modernidad donde la mujer tenía en su hijo una prolongación de su propiedad y esperaba obtener del matrimonio de sus hijas una promoción de su estatus.

En la actualidad el estatuto de mujer no necesariamente implica la maternidad. Pero sí ser humano necesariamente está ligado a una decisión de vinculación, donde se es con un otro, pero este no tiene porque ser necesariamente un hijo. Y de serlo, de ser un hijo aquel otro, cuánto más afortunado y saludable será si su madre decide construirse subjetivamente con él para así constituirse mutuamente.

Referencias

1. COREA, Cristina Y LEWKOWICZ, Ignacio. “La institución materna” en *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Paidós : Buenos Aires, 2004. [Volver al texto](#)
2. DUBY, George y PERROT, Michelle. *Historia de las mujeres. Volumen 4. Del Renacimiento a la Edad Moderna*. Editorial Taurus : Madrid, 1993. [Volver al texto](#)
3. CASTELLS, Manuel. *El fin del patriarcado: movimientos sociales, familia y sexualidad en la era de la información. Volumen 2: La era de la información. El poder de la identidad*. Alianza Editorial : Madrid, 1998. [Volver al texto](#)
4. LEWKOWICZ, Ignacio. “La existencia de nosotros” en *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Editorial Paidós : Buenos Aires, 2004. [Volver al texto](#)
5. ROUNDINESCO, Elisabeth. “El poder de las madres” en *La familia en desorden*. Fondo de Cultura Económico : Buenos Aires, 2003. [Volver al texto](#)
6. COREA, Cristina. “La decisión en los vínculos amorosos: hacer posible una realidad” (Conferencia presentada en Asociación Argentina de Psicoterapia de Pareja y Grupos) : Buenos Aires, 2003. [Volver al texto](#)
7. BAUMAN, Z. Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Fondo de Cultura Económica : Buenos Aires, 2003. [Volver al texto](#)

[Volver a la tabla de contenido](#)

© 2006 Sociedad Argentina de Información